

El crítico de Arte Javier Rubio Nombrot, analiza así sucintamente, la trayectoria del pintor:

Ramiro Tapia es un digno e incombustible representante de la fecunda generación de pintores surgida al calor de la llamada figuración mágica, predominante en el arte español de los años 50: una pintura ya plenamente contemporánea, sobre la que planea la figura inmensa y venerada de Paul Klee y que, a medida que avanza la década, a él le conduce hacia el fértil territorio de la *fantasía*.

Su obra evolucionará luego de forma muy coherente, destacando siempre por su precisión, su complejidad formal y conceptual y su extrema perfección técnica. Conocido por la belleza de sus *Arquitecturas imposibles*, este artista visionario e insobornable, magnífico dibujante, ha dedicado los últimos veinte años de su andadura a la invención de insólitas materias de apariencia orgánica en cuyo seno se gestan fabulosas criaturas, ogros y demonios, animales fantásticos, enigmáticos signos y formas innominadas.

En su última etapa titulada *Laberintos de interior*, aparece una obra densa, misteriosa, acaso indescifrable, que en ocasiones remite a un estado de *posesión*.

En efecto, al hacer abstracción de la lógica e inevitable evolución formal de esta obra a lo largo de los cincuenta años que lleva en activo el artista, se desvela lo que en ella hay de permanente, de obsesivo y recurrente: las mil extrañas criaturas que parecen atormentarle se convierten en un único y escurridizo *demonio* con mil rostros; todas las arquitecturas, en las metamorfosis de una única *fortaleza*; no hay ya evolución lineal, sino unos *ciclos de creación y destrucción* de las formas y las estructuras a los que cabe atribuirles un carácter simbólico o universal.